

Hace diez años, en la noche del 26 al 27 de marzo de 1996, veinte hombres irrumpieron en el monasterio trapense de Nuestra Señora del Atlas, en Tibhirine (Argelia), y secuestraron y asesinaron a sus siete monjes de nacionalidad francesa. Poco tiempo antes, el Prior del monasterio, el padre Christian de Chergé, escribió su Testamento espiritual, que reproducimos a continuación: Si un día me aconteciera -y podría ser hoy- ser víctima del terrorismo que actualmente parece querer alcanzar a...

Hace diez años, en la noche del 26 al 27 de marzo de 1996, veinte hombres irrumpieron en el monasterio trapense de Nuestra Señora del Atlas, en Tibhirine (Argelia), y secuestraron y asesinaron a sus siete monjes de nacionalidad francesa. Poco tiempo antes, el Prior del monasterio, el padre Christian de Chergé, escribió su Testamento espiritual, que reproducimos a continuación:

Si un día me aconteciera -y podría ser hoy- ser víctima del terrorismo que actualmente parece querer alcanzar a todos los extranjeros que viven en Argelia, quisiera que mi comunidad, mi Iglesia y mi familia recordaran que mi vida ha sido donada a Dios y a este país; que aceptaran que el único Señor de todas las vidas no podría permanecer ajeno a esta muerte brutal; que rezaran por mí: ¿cómo ser digno de semejante ofrenda?; que supieran asociar esta muerte a muchas otras, igualmente violentas, abandonadas a la indiferencia y el anonimato. Mi vida no vale más que otra. Tampoco vale menos. De todos modos, no tengo la inocencia de la infancia. He vivido lo suficiente como para saber que soy cómplice del mal que, ¡desgraciadamente!, parece prevalecer en el mundo, y también del que podría golpearme a ciegas.

Al llegar el momento, querría poder tener ese instante de lucidez que me permita pedir perdón a Dios y a mis hermanos en la humanidad, perdonando al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiere golpeado. No podría desear una muerte semejante. Me parece importante declararlo. En efecto, no veo cómo podría alegrarme del hecho de que este pueblo que amo fuera acusado indiscriminadamente de mi asesinato. Sería un precio demasiado alto para la llamada a la gracia del martirio: que se debiera a un argelino, quienquiera que sea, sobre todo si dice que actúa por fidelidad a lo que supone que es el Islam.

Sé de cuánto desprecio han podido ser tachados los argelinos en su conjunto, y conozco también qué caricaturas del Islam promueve cierto islamismo. Es demasiado fácil poner en paz la conciencia identificando esta vía religiosa con los integristas de sus extremismos. Argelia y el Islam, para mí, son otra cosa; son un cuerpo y un alma. Me parece haberlo proclamado bastante sobre la base de lo que he visto y aprendido por experiencia, volviendo a encontrar tan a menudo ese hilo conductor del Evangelio que aprendí sobre las rodillas de mi madre, mi primera Iglesia inicial, justamente en Argelia, y, ya entonces, en el respeto de los creyentes musulmanes.

Evidentemente, mi muerte parecerá darles razón a quienes me han tratado sin reflexionar como ingenuo o idealista: ¡que digan ahora lo que piensan! Pero estas personas deben saber que, por fin, quedará satisfecha la curiosidad que más me atormenta. Si Dios quiere, podré, pues, sumergir mi mirada en la del Padre para contemplar junto con Él a sus hijos del Islam, así como Él los ve, iluminados todos por la gloria de Cristo, fruto de su Pasión, colmados por el don del Espíritu, cuyo gozo secreto será siempre el de establecer la comunión y restablecer la semejanza, jugando con las diferencias.

De esta vida perdida, totalmente mía y totalmente de ellos, doy gracias a Dios, porque parece haberla querido por entero para esta alegría, por encima de todo y a pesar de todo. En este gracias, en el que ya está dicho todo de mi vida, os incluyo a vosotros, por supuesto, amigos de ayer y de hoy, y a vosotros, amigos de aquí, junto con mi madre y mi padre, mis hermanas y mis hermanos, y a ellos, ¡céntuplo regalado como había sido prometido! Y a ti también, amigo del último instante, que no sabrás lo que estés haciendo; sí, porque también por ti quiero decir este gracias, y este a-Dios, en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea dado volvernos a encontrar, ladrones colmados de gozo, en el Paraíso, si así le place a Dios, Padre nuestro, Padre de ambos. Amén. Inchalá.

Christian de Chergé

Salvado por un musulmán

Amigo íntimo del Prior de los monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), el padre Thierry Becker estaba en Tibhirine, como huésped en el monasterio de Nuestra Señora del Atlas, la noche en que los fundamentalistas islámicos se llevaron al padre Christian de Chergé y a los otros seis trapenses.

En declaraciones al diario *Avvenire*, recuerda la vida y el espíritu que movió a aquellos hombres: «Un mensaje de pobreza, de abandono en las manos de Dios y de los hombres, de compartir con todos la fragilidad, la vulnerabilidad, la condición de pecadores perdonados. En Tibhirine tenía lugar, en esos días, el encuentro Ribat es-Salâm, el Vínculo de paz, un grupo de diálogo islamo-cristiano que se orientaba a compartir las respectivas riquezas espirituales a través de la oración, el silencio y la puesta en común de experiencias. El Ribat existe aún; no ha renunciado al desafío de la comunión con la profundidad espiritual del Islam. Así, hacemos nuestro el testimonio espiritual del padre Christian de Chergé, quien había madurado la elección monástica después de que le salvara la vida un amigo argelino durante la guerra de liberación, mientras ese amigo, musulmán de gran espiritualidad, había sido asesinado en represalia.

Somos orantes en medio de un pueblo de orantes, amaba decir el Prior a sus hermanos de comunidad, quienes habían decidido permanecer en Tibhirine incluso cuando la violencia estaba al máximo. Los monjes hicieron una elección de pobreza: también en el sentido de abandono total a la voluntad de Dios y de los hombres».

<http://www.alfayomega.es/>